

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Jara, 32.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46-49.—La correspondencia al Administrador.



La Unión y el Fénix Español
Compañía de Seguros Reunidos
Capital social: 12.000.000 de pesetas
efectivas, completamente desembolsado
AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL
46 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.
Subdirección en Cartagena: HIJOS DE SORO, Jabonerías 23 y 25 pra

autorizados, cree una atmósfera de inquietud demasiado acentuada.

Por el contrario, los políticos á quienes hemos podido consultar no disimulan que en las relaciones con nuestros vecinos existe, en estos momentos, algún entorpecimiento, causa el mal-estar.

Hay optimistas, sin duda, que contra viento y marea siguen creyendo en la paz universal; pero otros, teniendo presente la actitud observada por los alemanes estas últimas semanas, sin querer ó sin poder precisar á qué extremo ha llegado la tensión que tal vez mañana desencadene, las peores catástrofes, están acordes en declarar "que existe algo y que no hay humo sin fuego".

Resta añadir que la instrucción de los soldados, especialmente en el Este, se activa con gran rapidez, y los ejercicios de tiro se suceden con una frecuencia inusitada.

Podemos afirmar también que desde hace algún tiempo se despliega una animación excepcional en las oficinas del ministerio de la Guerra.

Al Cristo en la Cruz

¡Oh vida de mi vida, Cristo Santo!
¿A dónde voy de tu hermosura huyendo?
¿Cómo es posible que tu rostro ofenda,
que me mira bañado en sangre y llanto?

A mí mismo me doy confuso espanto
de ver que me conozco y no me entiendo;
ya el Angel de mi gus da está diciendo
que me avergüence de ofenderte tanto.

Detén con esos manos mis períodos
pasos, mi dulce amor; ¿mas de qué suerte
las pide quien las clava con las tuyas?

¡Ay, Dios! ¿A dónde estaban vus sentidos,
que las espaldas pude yo volverte,
mirando en una Cruz por mí las tuyas?

Lope de Vega

EMBARQUE DE FUERZAS

Esta tarde han embarcado en el "Almirante Lobo" las fuerzas de Infantería de Marina que marchan á San Fernando para formar con otras la unidad que ha de estar apercibida para desembarcar en Africa, si como parece fuera necesaria nuestra intervención armada, por la anarquía que reina en el Imperio Mogrebhita.

Al mando de estas fuerzas va nuestro entrañable amigo el pundonoroso capitán don Andrés Sánchez Ocaña. Este amigo nuestro aspira á tener mando efectivo en las fuerzas de des-

embarco, y en ese sentido está haciendo gestiones que nosotros deseamos tengan éxito.

Y decimos esto porque el Sr. Sánchez-Ocaña es un soldado entusiasta de su patria y un fervoroso admirador de esta bandera roja y amarilla, cuyos pliegues han paseado por toda la redondez del planeta las altiveces del honor.

Nosotros que diariamente comulgamos con él en el altar de la Patria, tenemos la convicción de que llenará su hueco cumplidamente, porque muchas veces hemos recordado juntos, las frases dirigidas á los caballeros de su escolta antes de entrar en batalla, por aquel monarca cínico y valiente que se llamó Enrique IV: "En el fragor de la pelea seguid siempre el penacho blanco que flota en la cimera de mi casco, porque allí estará el campo del honor."

Vaya pues, con Dios, nuestro cordial amigo y que la suerte le acompañe.

En los días de Semana Santa

Huele á narros y á incienso. Bajo el cielo prematuramente azul y de vernal anticipación se desarrolla todo el dolor y el regocijo del misterio cristiano.

Luto en las iglesias y color de claveles en las calles y sobre los corazones femeninos.

Más allá de la ciudad reflorescen los campos en una sana, en una optimista refutación de la Naturaleza contra el cielo.

Porque es bien triste coincidencia para la Fé esta del renacimiento natural frente á la agonía ideal.

No hay en los cuerpos ni en los espíritus ese pasado frío desconsolador y filosófico del incienso, ni tampoco el congestionado embrutecimiento estival veridero.

Es la inconsciencia, la preludial pausa de una gran sinfonía, el impreciso momento del ansia, que aún no se cristalizó en deseo.

He aquí la época elegida por Cristo para dejarse malar en una suicida abnegación de amor.

Por eso la Fé queda esclavizada, adormecida por el instinto. Se repetirá por la mil novecientas décima vez el embellecimiento de la autoridad sagrada por la florida luminosidad profana.

Y, gracias á ello, este mes de Abril tiene el encanto armónico de sus desarmonías.

Suenan bien las trompetas pacíficas de los nazarenos en el aire diáfano; lucen los oros y las gemas de las andas procesionales, entre la maja guapeza de las españolas con mantilla ensangrentada ó nevada de claveles; es grata la frescura sombría de las amplias basílicas, después de la virgiliana aromosidad de los campos; y son las oraciones suave sedante para los labios encalenturados por la locura de besos.

¡Mes de Abril, mes de Abril!

Bendito tú que eres un milagroso joyel donde sobre el oro de tu primavera florescencia van engarzados un sangriento rubí profano y una cristiana perla negra!

Juan Mora Martín.

CATÁSTROFE

Madrid 12—9 m.

Dicen de Alicante que en la fábrica de granos que construye la Unión Española trabajaban un centenar de obreros.

La catástrofe ha ocurrido por haberse inclinado los pilares que sostenían la techumbre.

Al caer ésta todos los obreros que en ella trabajaban se vinieron abajo revueltos con la techumbre.

Dos de los obreros quedaron muertos en el acto y dos gravemente heridos; también resultaron algunos con heridas leves.

El Calvario

Bajo un cielo triste, sombrío, en cuya inmensidad el eclipse del astro del día proyecta un color plumizo, y sobre un continente inseguro, que oscila al soplo de ignota y subterránea corriente, hendiendo peñas, cuarteando montañas, y rasgando el velo del admirable templo de Salomón, forma el fondo del cuadro una víctima inocente clavada en cruz en la cima del Gólgota.

Sufren á su lado idéntico tormento, dos malhechores que pagan á la justicia humana este tributo que por sus crímenes le debían.

Cariñosos dejados y amigos de la inocente víctima le acompañan en tan terrible trance, haciendo propia la afrenta de que pretenden colmarla sus verdugos.

Esparcidos por la vertiente y al pié del Gólgota, los representantes del

pueblo, sus más ilustrados directores, dan tristísimo ejemplo de obcecación y de encono, gozándose en el vilipendio de Jesús, después de haber hecho infame presión al tribunal sentenciador para que condenase sin pruebas, y para que prestase su autoridad la fuerza ejecutiva para la comisión de una injusticia.

Indiferente la fuerza armada, impasibles los verdugos, y excitado por la curiosidad el pueblo, completan y llenan los términos del cuadro de la ruinosa crucifixión del humilde de Nazareth.

Transcurrieron los siglos, y el fallo inapelable de la historia fulminó tremenda censura contra la inicua sentencia dictada en la ciudad de la Puerta del Oro; cubrió de ignominia á los verdugos; degradó al pueblo que los toleró; y enaltecó á la víctima trocando en preciado blasón de nobleza y en emblema de cultura el afrentoso instrumento de muerte, la ignominiosa Cruz de los tiempos del judaísmo.

Al derramar Jesús su sangre por los hombros, dejó la herencia del consuelo, el amor, la paz y el perdón.

En pos de él, quedó su santa y sublimada doctrina, sus ejemplos, su abnegación, su humildad, sus palabras y sus máximas hermosas. Él dió nueva forma á la sociedad y á la familia; sólo su evangelio varió las leyes del universo; sólo su nombre, bastó para derrocar las caducas creencias de las pasadas generaciones. Él, tan sólo, tan humilde, tan abatido, supo legarnos la esperanza de un porvenir eterno al otro lado del sepulcro.

Desde la crucifixión de Jesús, han transcurrido los siglos, los imperios han pasado, han pasado también los reyes y las grandezas de la tierra, pero la historia del Calvario irá encarnada eternamente en el corazón de la humanidad, como el más portentoso, el más grande, y el más sublime de los sucesos del mundo.

Eduardo Allué Pérez.

Un incendio

Madrid 12—9 m.

Telegrafan de Bilbao que ayer se inició un incendio en un gran almacén de maderas.

En pocos momentos adquirió grandes proporciones, envolviendo rápidamente las llamas todo el almacén.

El incendio ha sido de gran impor-

—Yo no sé nada. Mi sobrino es suficientemente mayorcito para saber lo que se hace. Si ha cometido la tontería de perderse, allá él. Yo ya he dicho que no pienso gastar un céntimo en buscarle.

Holmes sonrió maliciosamente.

—Ya lo hemos dicho, caballero. Pero, ó mucho me engañó, ó hay en esta desaparición algo más que un hecho voluntario. Ochofredo Sitanton es pobre y, por lo tanto, si le han detenido no ha debido ser para sacarle dinero. Lo más lógico es que, conociendo vuestra inmensa fortuna, le hayan secuestrado con intención de conseguir de él ciertos detalles respecto de vuestra casa, costumbres, tesoros, etc...

El vejete se congestionó, y á grandes voces, menoteando furiosamente, rugió:

—¡Demonio! ¿Será posible? ¡Yo no había pensado en tal infamia! ¿En qué país vivimos?... Pero no, ¡afortunadamente Ochofredo es un buen muchacho y se dejará matar antes que perjudicar á su pobre tío en lo más mínimo. Sin embargo, como primera precaución voy á mandar hoy mismo toda la plata al Banco. Y os ruego, señor detective, que pongáis todos los medios para salvar cuanto antes á mi sobrino. Estoy dispuesto á daros... á daros... ¡cinco libras!... Vamos, daré hasta... ¡diez! me parece que no es poco;

En vista de que el viejo no podía servirnos de

—A Cambridge.

El coche empezó á subir por Gray's Yun Road.

—Me muero de impaciencia, querido Holmes. Por más vueltas que le doy al asunto no logro entender una sola palabra. ¿Creéis que se han apoderado de ese hombre con intenciones de sacar dinero á su tío?

—De ningún modo, amigo Watson.

—¿Entonces?...

—Si le dije eso á lord Mount James fué porque me pareció el mejor medio de atacar á un avaro.

—Bueno; ¿pero cuál es vuestra opinión?

—No la tengo formada aún. Por de pronto no deja de ser muy extraño que esta desaparición haya ocurrido precisamente el día antes de un match y que el desaparecido sea el único cuya presencia era indispensable para el triunfo de su equipo. Tal vez no se trate más que de una coincidencia; pero quizás también sea éste el motivo fundamental. Ya sabéis, amigo Watson, que en ciertas clases de juegos, y más de partidas como la que debe celebrarse mañana, se cruzan apuestas importantísimas, y nada más natural que alguien tuviese interés en la falta de ese muchacho, así como en las carreras de caballos á veces se cometen trampas y hasta secuestran caballos. Acordáos de Silver Blaze. Esta es una hipótesis. ¿Queréis otra? Pues bien, ese joven es el presunto heredero de una gran fortuna y acaso se hayan apoderado de él para forzarle á firmar algún documento que le

Holmes se llevó un dedo á los labios y me miró ostensiblemente de reojo:

—Las últimas palabras eran «¡No nos abandonéis por Dios!»—murmuró confidencialmente—Si viváis que desesperado estoy por no haberos recibido contestación.

La muchachita encontró el telegrama.

—¡Ahí lo tenéis. Efectivamente; no está firmado.

—¡Claro! Ahora comprendo por qué no he tenido contestación. ¡Qué torpezal! Muchas gracias, señorita, por vuestra amabilidad.

—No hay de qué, caballero. En cuanto salimos á la calle Holmes se echó á reír.

—¿Qué, habéis descubierto algo?

—¡Magnífico, amigo Watson!—exclamó frotándose las manos jubilosamente.—¡Magnífico! No contaba yo triunfar tan pronto;

—¿Pero qué? ¿Habéis descubierto algo más?—repetí impacientemente.

—Por lo menos he encontrado la pista.

En aquel momento gasaba un coche por delante de nosotros. Holmes le mandó detener; me hizo ademán de que subiera y, sentándose á mi lado, gritó sacando la cabeza por la ventanilla:

—¡A la estación de King Cross!

—¿Qué? ¿Nos vamos de viaje?

—Sí.

—¿Adónde?